

Editorial

Integridad científica en tiempos de fetichismo tecnológico

<https://doi.org/10.18041/2390-0512/biociencias.1.13138>

La integridad científica y académica no es un concepto nuevo, pero hoy sí es una necesidad. En medio de una revolución digital acelerada y una academia que muchas veces se pliega a la lógica de la producción sin reflexión emerge una paradoja peligrosa: la de una ciencia que, en nombre de la eficiencia tecnológica y la competitividad global, compromete sus propios fundamentos éticos.

El plagio, el fraude académico y la superficialidad metodológica son cada vez más frecuentes en contextos universitarios y científicos. Estas prácticas no deben entenderse simplemente como fallas individuales, sino como síntomas de una estructura académica que ha desplazado la formación ética y crítica por la presión productivista. Lo que Marx denominó "fetichismo de la mercancía", la mistificación de las relaciones sociales bajo formas materiales autónomas tiene hoy un correlato inquietante: el fetichismo tecnológico, en el que la inteligencia artificial, las métricas, los rankings y el rendimiento cuantitativo se presentan como fines en sí mismos, divorciados de la responsabilidad ética, el pensamiento crítico y el bien común.

Bajo esta lógica, la ciencia corre el riesgo de convertirse en un mecanismo de validación superficial, en el que lo importante es "publicar o perecer", más que producir conocimiento con impacto social. El fetichismo se manifiesta, entonces, en la adoración del algoritmo, en la confianza ciega en herramientas automatizadas de redacción, evaluación o supervisión, y en la creencia de que la tecnología es intrínsecamente objetiva, neutral o superior a la reflexión humana. En ese sentido, este fenómeno no es casual, ya que se encuentra profundamente arraigado en una estructura académica neoliberal que mercantiliza la producción de conocimiento y promueve una racionalidad técnica, cuantitativa y despolitizada. De esta manera, el investigador y, peor aún, el estudiante se moldean más como productores de resultados que como sujetos reflexivos, éticos y críticos.

En este contexto, defender la integridad científica es resistir al vaciamiento de sentido del trabajo académico, es reivindicar la lectura profunda frente al resumen automático, la escritura original frente a la copia sistemática, la pregunta ética frente a la prisa por el resultado. También es reconocer que la ciencia no se puede separar de sus condiciones de producción, que a su vez deben ser objeto de permanente vigilancia crítica.

Como toda herramienta, la inteligencia artificial debe ser contextualizada, regulada y subordinada a los fines de la educación emancipadora y la ciencia al servicio de la vida. Esto sólo es posible si se recupera la integridad no como norma punitiva, sino como valor fundante del ethos académico.

La universidad, como institución pública de pensamiento, debe recuperar su papel contrahegemónico, lo cual implica formar investigadores capaces de producir documentos y pensar el mundo, problematizar sus herramientas y actuar con conciencia. En tiempos en los que todo parece optimizable, recordar la dimensión ética del conocimiento no es un lujo, es una necesidad urgente pensada desde el valor social de que las tecnologías son el medio y no el fin.

Anderson Díaz Pérez

Investigador Senior

Doctor en Bioética | Doctor en Salud Pública | Docente Universidad Simón Bolívar anderson.diaz@unisimon.edu.co | ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2448-0953>